

# Orientaciones

## LOS SACERDOTES- OBREROS Y SU REVOLUCION

Dos tenientes curas pertenecientes a los Obreros parroquiales de París fueron detenidos por haber tomado parte en una manifestación contra el General americano Ridgway. Manifestación que había sido espoleada por la C. G. T. (Confederación General de Trabajadores). Esos sacerdotes resultaron maltratados por la policía y más tarde se vieron rigurosamente criticados por la prensa francesa.

No nos vamos a ocupar en absoluto del problema que implica la brutalidad de la policía. Brutalidad que entra ya en el número de las cosas corrientes. Tampoco nos detendremos a considerar el efecto que semejante incidente pueda haber producido en las masas de Francia. La cuestión principal estriba en que esos sacerdotes tomaron parte en una manifestación política. Al hacer eso ¿ocuparon esos sacerdotes el puesto que les correspondía? . . . ¿Juzgaron ellos que fuera su deber formar parte de semejante manifestación contra el General Ridgway?

Si damos por sentado el que ellos fueran completamente indiferentes a las razones existentes detrás de esa manifestación, ¿no tendremos entonces que admitir que fué tal su solidaridad con el movimiento obrero que se les hizo imposible el negarse a compartir con ellos esos actos exteriores. . . ? Esos actos exteriores que habían de unirlos más estrechamente al gremio obrero pero que

al mismo tiempo los separaba aún más lejos del resto del cuerpo Católico. . . ?

No son tan numerosos los sacerdotes-obreros como la gente ordinariamente imagina. En toda Francia hay tan sólo un centenar. Los inscritos en la Misión de París llegan a veinticinco. De éstos, diez y ocho están empleados como trabajadores manuales. Trabajan los unos como obreros en instalaciones metalúrgicas o en fábricas de automóviles. Otros son choferes de camiones. Los restantes están contratados para trabajos especiales tales como investigaciones científico-sociales o el estudio de los centros de vicio.

Ahora bien, lo que identifica a esos sacerdotes como pertenecientes a la Misión no es el hecho de que estén dedicados a trabajos manuales. Es el hecho de que la vida que llevan los caracteriza en todo como hombres del pueblo. Ellos viven totalmente en el medio ambiente de los hombres del pueblo. Visten el mismo traje que ellos visten (esos sacerdotes no usan la antigua e incómoda sotana latina). Ellos viven la misma vida que los obreros viven y con ellos comparten sus mismas ansias, sus mismos anhelos. Son sacerdotes-obreros que con el obrero tienen un destino común. Ellos viven en habitaciones pobres del barrio obrero de París o en los barrios bajos de los suburbios de la Ciudad. Frecuentemente viven unidos varios en pequeños grupos.

Fuera de París se han empeñado en la misma empresa unas doce diócesis más. Así, hay sacerdotes-obreros en el puerto-ciudad de Burdeos. Y los hay en los distritos de los Alpes. Todos esos sacerdotes permanecen en unión estrecha con sus Obispos. Hay además una veintena de sacerdotes-obreros que pertenecen a órdenes religiosas: Hay Jesuitas, Capuchinos, Franciscanos, Dominicos.

Además de éstos hay también los Pequeños Hermanos de Carlos Foucauld, sobre quien ya escribí en la tercera edición de Octubre. Estos Hermanos viven y trabajan en medio de los obreros pero sus vidas están concentradas en la

contemplación y la adoración. Y por último hay también algunos sacerdotes parroquiales los cuales trabajan en fábricas durante algunos meses del año. Hay otros que trabajan el año entero.

Como es natural, semejante empresa, por audaz y por nueva, resulta un reto para muchos elementos. Dada la estructura actual de la Iglesia y dada la manera habitual de pensar y de actuar de muchos católicos, son muchos los que se asombran y no comprenden lo que pasa.

De esto quedé convencido y sin lugar a dudas después de una conversación que tuve hace dos años con uno de estos padres.

Yo había ido a visitar a ese sacerdote a la antigua calle de Montreuil, donde él vivía. Allí tenía un pequeño apartamento, amueblado con un viejo escritorio, un catre y un estrambótico armario. Era un hombre musculoso, como de unos cuarenta años, de cabello negro y ensortijado. Tenía además las facciones viriles y animadas de un héroe popular de película. Usaba pantalones de obrero y una chaqueta G. I. Me dijo que él no convenía en absoluto con la mística de los obreros.

"En el proletariado "per se" no hay virtud ninguna, me dijo. Pero los trabajadores son un pueblo en marcha y están estimulados por esperanzas formidables. Tal vez porque sufren, tal vez porque no tienen nada que perder o tal vez porque están en el fondo del abismo, pero lo cierto es que poseen una capacidad para el amor y para el desprendimiento tal cual son incapaces los burgueses de... Aquí hay tan sólo pobres. Pobres de los bienes del mundo y pobres en el espíritu. Pequeñuelos que piden tan sólo ser oídos. Que piden valer más."

En seguida me habló de los ejemplos asombrosos de caridad que le había sido dado presenciar. Caridad con los obreros llevada a cabo por las numerosas familias de obreros con quienes él trataba. "Mientras más veo, más profundamente convencido quedo de que la Iglesia ha-

brá de encontrar en el futuro, como ya lo encontró tantas veces en su misionero pasado, vastos recursos en el pueblo. Se nos suele decir que los sacerdotes se creen competentes para resolver cualquier asunto. Eso puede todavía ser cierto en otras partes. Pero aquí yo he aprendido que eso no es así. Tenemos que ir a la escuela. Tenemos que observar, callar y aprender a recibir en vez de estar siempre dispuestos a dar".

Finalmente, cuando le pregunté qué precisa hacerse para rescatar al proletariado de su miseria tanto material como espiritual, el sacerdote me miró fijamente en los ojos con la expresión de aquél que ya ha pesado cuidadosamente su respuesta. Y me dijo: "Una revolución".

Yo me quedé hasta cierto punto perplejo. Y el sacerdote continuó: "No una revolución en el sentido comunista de la palabra. Pero yo sí creo que es precisa una acometida contra el capitalismo, contra el dinero, contra la anarquía y contra la opresión que engendra el "laissez faire". La vida cristiana no es posible para esos pobres seres humanos a menos que sea reestablecida para ellos una sociedad en la cual sea posible vivir como viven los hombres. ¿Cómo han de poder los individuos crecer y desarrollarse cuando todo lo que los rodea contribuye a esclavizarlos? Aquí, en Montreuil, yo conozco novecientas familias que no tienen hogar. Y conozco dos mil ochocientos grupos de familias o de individuos que viven en cuartos de hoteles. Pero hay que ver qué hoteles. ¡Y qué cuartos!

Al rededor de este hombre nace y crece poco a poco una comunidad Cristiana. Para conocer con certeza y desde lo más profundo lo que en realidad significa la angustia del pobre, comparte el destino de los más infelices y con esos infelices trabaja en una fábrica. Y con ellos busca y recoge andrajos en los montones de basura. Y todo eso lo hace para aprender en carne propia lo que significa realmente la angustia del pobre.

Este padre vive para el sacrificio. Duérme en el suelo para darle su cama al desventurado que no tiene hogar. Y

le da su abrigo al que tiene frío. Y le da su pan al que tiene hambre.

Para todo infeliz, para todo desheredado que encuentra en su camino, este hombre es algo más que un eclesiástico burócrata. Algo más que un hombre de un orden social diferente. Los infelices y los desheredados ven en él a un verdadero discípulo de Cristo. Y yo, a través de mi conversación con él, tuve la sensación de que estaba en presencia de un apóstol genuino, ante un hombre que había encontrado la verdad. Y creo no exagerar si digo que sentí en ese momento que yo estaba conversando con un santo.

El celebraba la Misa en su cuarto a las seis y media de la tarde después que su rebaño había terminado su trabajo. Y allí, aquellos hombres en traje de labor, gritaban en voz alta las intenciones de sus oraciones en el Memento de los vivos y en el de los muertos. Luego del mismo modo, sin titubeo de ninguna especie, confesaban sus faltas del día. Y es así como la "parroquia" de este padre resultaba muy semejante a lo que ha debido ser alguna primitiva iglesia Cristiana de portuarios o de astilleros en Ostia o en Corinto.

No hay quien pretenda negar que los sacerdotes-obreros dan testimonio de una vida que está plenamente de acuerdo con el Evangelio. Nadie niega tampoco que asombrosas conversaciones son el fruto de esas labores apostólicas. Es cierto que sí hubo deserciones en esas filas y hubo también deslices. Es cierto. Pero eso pasó hace varios años. Y en eso se vieron implicados algunos sacerdotes jóvenes que estaban escasamente preparados para tan ruda labor. Pero hoy en día son muy rigurosos los requisitos impuestos para ser admitidos en esos trabajos. Hoy en día no es cosa fácil para los hombres el entrar a formar parte de la Misión.

Este movimiento ha sido muy criticado por todos aquellos que no están familiarizados con la pobreza efectiva del obrero francés. Ha sido también muy criticado por aquellos que, por una especie de

flojera mental, se niegan a considerar el menor cambio en las actuales estructuras económico-sociales. El movimiento es criticado porque se opone, explícita o implícitamente al orden establecido. A aquel "orden establecido" que llamó Mounier "desorden establecido". También se acusa a esos sacerdotes de ser o de estar volviendo revolucionarios y de favorecer con todo eso al comunismo.

En realidad, lo que quisieran esos censores es que los sacerdotes se contentasen con predicar el Evangelio sin atormentarse en absoluto por los problemas temporales de los trabajadores. Encantados estarían esos detractores si en este movimiento se dedicasen los sacerdotes a conducir las masas obreras fuera del comunismo, para luego introducir las en el seno de la Iglesia después de haber estirpado en ellas todo virus revolucionario.

Por otro lado, resulta algo obviamente imposible el intentar cualquier cambio fundamental en la condición del obrero sin topar aquí y allá con los comunistas. En la gran mayoría de los distritos franceses resulta que tanto los administradores locales como los organizadores de la Unión son miembros ardientes del Partido Comunista. Y a cada paso hay que tratar con ellos, ya que sería algo totalmente absurdo el pretender resolver cualquier problema obrero sin contar con la colaboración de esos funcionarios locales. Y preciso es dirigirse a ellos. Y con ellos hay que contar, ya que, así se trate del problema de la habitación o del problema de la ayuda a los ancianos o del de los campos de verano para los más necesitados o de cualquier otra ayuda de la clase que sea, sería cosa imposible el lograr algo efectivo sin la cooperación de esos funcionarios.

Por otro lado hay algo que no admite duda y es que nadie puede vivir en medio de los obreros y ser al mismo tiempo un verdadero Cristiano sin percibir con ansiedad extrema el problema de la necesidad absoluta que existe de una transformación radical en la estructura económica, política y social de nuestra actual sociedad francesa.

La clase obrera francesa, no será nunca cristianizada, ni lo será tampoco la clase obrera europea en general, mediante esa especie de pesca con anzuelo y cordel con la cual se han obtenido algunas conversiones individuales extraordinarias. Los sacerdotes-obreros, y con ellos, todos los militantes cristianos de Francia, esperan realizar esa cristianización obrera. Pero para ello cuentan con el tiempo. Cuentan con la historia. Y cuentan con la transformación del medio ambiente obrero. Y esto únicamente se puede obtener mediante un cambio estructural en la vida del obrero.

Prueba grande es para esos hombres (los sacerdotes-obreros) enganchados como están en la furiosa batalla obrera y vivamente convencidos, como en realidad también lo están, de que se trata de una necesidad perentoria, no sólo humana sino sobre todo cristiana, el comprometerse ellos una que otra vez en cosas que a ellos no les incumben, y tomar parte en esas manifestaciones callejeras las cuales son tan sólo en realidad manifestaciones más o menos políticas.

Ahora bien ¿cuál es el límite que debe existir en la identificación de esos Padres con los obreros? . . . Ahí está el problema. Uno de esos Padres empieza por organizar una sopa para los hijos de los desempleados y termina por tomar parte en una manifestación contra el general Ridgway. Manifestación que no tiene nada que ver con el fin que esos Padres se proponen. Fin que no es otro sino levantar el nivel social de los obreros del mundo.

Que sí existe para esos Sacerdotes-obreros el peligro de contagio marxista es algo que honradamente tenemos que admitir. Existe para ellos el peligro de adoptar la mentalidad de esa clase obrera. O de aceptar el concepto marxista sobre la historia social. Y tal vez, a la larga, el peligro de serle desleal a la caridad de Cristo. La caridad de Cristo que reclama rigor para los pecados del rico pero insiste en que los pecadores se amen entre sí como se aman los hermanos. Pero oigamos lo que sobre esto nos dijo hace un tiempo Mauriac: "¿Hubo algu-

na vez apostolado sin riesgo. . .? El apóstol está rodeado siempre de pecadores. El apóstol arriesga siempre por sus hermanos su cuerpo y también su alma".

Que aquél que se atreva ponga en una balanza los peligros de esos riesgos que corren sus miembros en ese movimiento, contra el inmenso beneficio moral que de él deriva la Iglesia. Sacerdotes en completa armonía con sus Obispos, con sus Arzobispos y Cardenales han decidido no sólo vivir en las chozas como los obreros, sino también han adoptado el mismo traje que los obreros usan. Trabajan en las mismas labores que los obreros realizan. Y se ganan el pan de cada día haciendo lo mismo que los obreros hacen.

Este hecho, con una eficacia mayor que la que pueden tener todos los sermones que en el mundo se prediquen y todas las publicaciones didácticas que en el mundo se publiquen, este hecho ataca y arrancará de raíz ese prejuicio arraigado en la mente del pueblo, ese prejuicio que envenena al pueblo que siente que la Iglesia se ha vendido al Capital y se preocupa tan sólo por la clase media.

Esos sacerdotes-obreros han despertado grandes esperanzas entre los obreros. La esperanza de ver a los Cristianos y a la Iglesia aventurarse al fin activamente en la urgente tarea de conseguir para el obrero, en la comunidad nacional, su justo puesto.

Los líderes comunistas se dan perfecta cuenta de la importancia de este movimiento y por eso lanzan repetidas súplicas a los Católicos. El trato de los comunistas no sería tan amistoso si no fuera por el miedo que tienen de que algún día la popularidad de esos sacerdotes con los obreros llegue a disminuir la influencia de que ellos gozan en la clase trabajadora.

¿Qué frutos puede esperarse para dentro de cincuenta años, dedicados éstos a tales esfuerzos, a tal sacrificio, a tal consagración? Yo no soy profeta, pero todo Católico pensante en Francia no está lejos de opinar que la creación de esa organización de los Sacerdotes-obreros es una de las empresas más importantes en la historia de la Iglesia desde hace un siglo.

Esos hombres no son una debilidad oculta. Son el honor de la Iglesia de Francia.

Robert Barrat

(trad. "Pativilca")